

Las claves para el futuro

A finales de noviembre del año pasado, Germánico Salgado envió este texto al editor de ICONOS para discutir su publicación en la revista. Se trata de su exposición ante el Club de Roma, reunido en Quito la última semana de noviembre. Se había acordado con Germánico publicarlo en el siguiente número de ICONOS. Presentamos este texto con el mayor de los afectos hacia Germánico. La intervención muestra la potencia y lucidez de su pensamiento.

Por Germánico Salgado P. (†)

Agradezco a los organizadores y, especialmente, a Alfredo Valdivieso, mi colega y compañero de tantas andanzas, esta oportunidad de dialogar sobre el Ecuador con mis amigos del Club de Roma. Lo que diga se dirigirá esencialmente a mis compatriotas y quiero pedir excusas al Club por así hacerlo. Esta tribuna es una ocasión única por su importancia para llegar a ellos con mi interpretación del momento que estamos viviendo. Es un momento crítico, pero lleno de claves para el futuro, y es el tema que quiero tratar en éste foro.

A los miembros del Club de Roma sólo les puedo decir que la imagen del Ecuador que emergerá de mis palabras, es la imagen de un prototipo de la América Latina de hoy. En mayor o menor

medida, con mejor o peor fortuna, todos en la región estamos empeñados en una contienda con los fantasmas del pasado. Espero ser capaz de explicar las razones.

Quiero agradecer, además, el privilegio de hablar después de nuestro ex-presidente, el Dr. Osvaldo Hurtado. Su lúcida visión del Ecuador debe ser para nuestros huéspedes la mejor vía para empezar a conocerlo.

No quisiera que las palabras que voy a decir se entiendan como un pronóstico, para los que

los economistas, como es bien sabido, no somos muy aptos; tampoco como un voluntarismo emocional. Pero quien sienta de veras este país no ha podido dejar de percibir que en sus entrañas algo está en gestación. Los dos o tres años últimos han estado tan cargados de acontecimientos, de fe y de repulsión, de dolor y de esperanza, que se presiente que estamos en el umbral de un cambio, un cambio de perspectivas vitales, de instituciones, de mentalidad. No será un cambio violento, pero podría serlo si no le abrimos cauces. Intuyo que se trata de un momento de trascendencia histórica, que si hoy se desvanece, puede retrasar por decenas de años una modernización que ha tomado mucho tiempo y que se ha tratado de hacer a expensas de incontables penurias. No creo pecar de un exceso de optimismo. Estamos dejando atrás la época en que cabía la ambigüedad; en que parecía mejor el dejarnos arrastrar por la inercia del pasado. Eso ya no es

La imagen del Ecuador que emergerá de mis palabras es la de un prototipo de la América Latina de hoy. En mayor o menor medida, con mejor o peor fortuna, todos en la región estamos empeñados en una contienda con los fantasmas del pasado

posible. Extrañamente se plantean juntos los grandes dilemas de nuestra existencia como país y tenemos ahora que darles la respuesta justa. Si nos equivocamos, si nuevamente pretendemos evadirlos, habremos puesto en cuestión el futuro de la sociedad ecuatoriana.

No se trata de una figura retórica más. En este momento histórico confluyen dos grandes fuerzas de cambio: por una parte, una implacable confrontación con nuestro pasado, que tiene varias dimensiones; y, por la otra, una crisis múltiple, especialmente política y económica, que, por su misma gravedad, nos fuerza a optar, a elegir caminos nuevos. La otra cara de la crisis, según el viejo ideograma japonés, es la oportunidad y en ese trance estamos sin desvío posible.

Para dar cuerpo a esa historia que estamos dejando atrás, me apoyaré en unas cuantas citas del hermoso libro de Leopoldo Benítez Vinuesa: "Ecuador, drama y paradoja"; es la obra que, en mi opinión, ha penetrado más hondo en el alma de este país.

Hablemos, primero, de la crisis múltiple. Es el obstáculo que está aquí ahora y que es la amenaza más grave que nos separa del Ecuador de la esperanza. Si no la superamos podría frenarnos en seco. Quizás cabe pensar también que Toynbee tenía la razón cuando generalizaba afirmando que sólo los grandes desafíos pueden incitar las grandes respuestas.

Decía que es una crisis múltiple. Así como en un momento histórico se nos han planteado en un haz los grandes dilemas de nuestra existencia como nación, en el mismo instante el destino quiso poner juntas todas las crisis que podían acometernos. Parte de ellas vienen del lastre del pa-

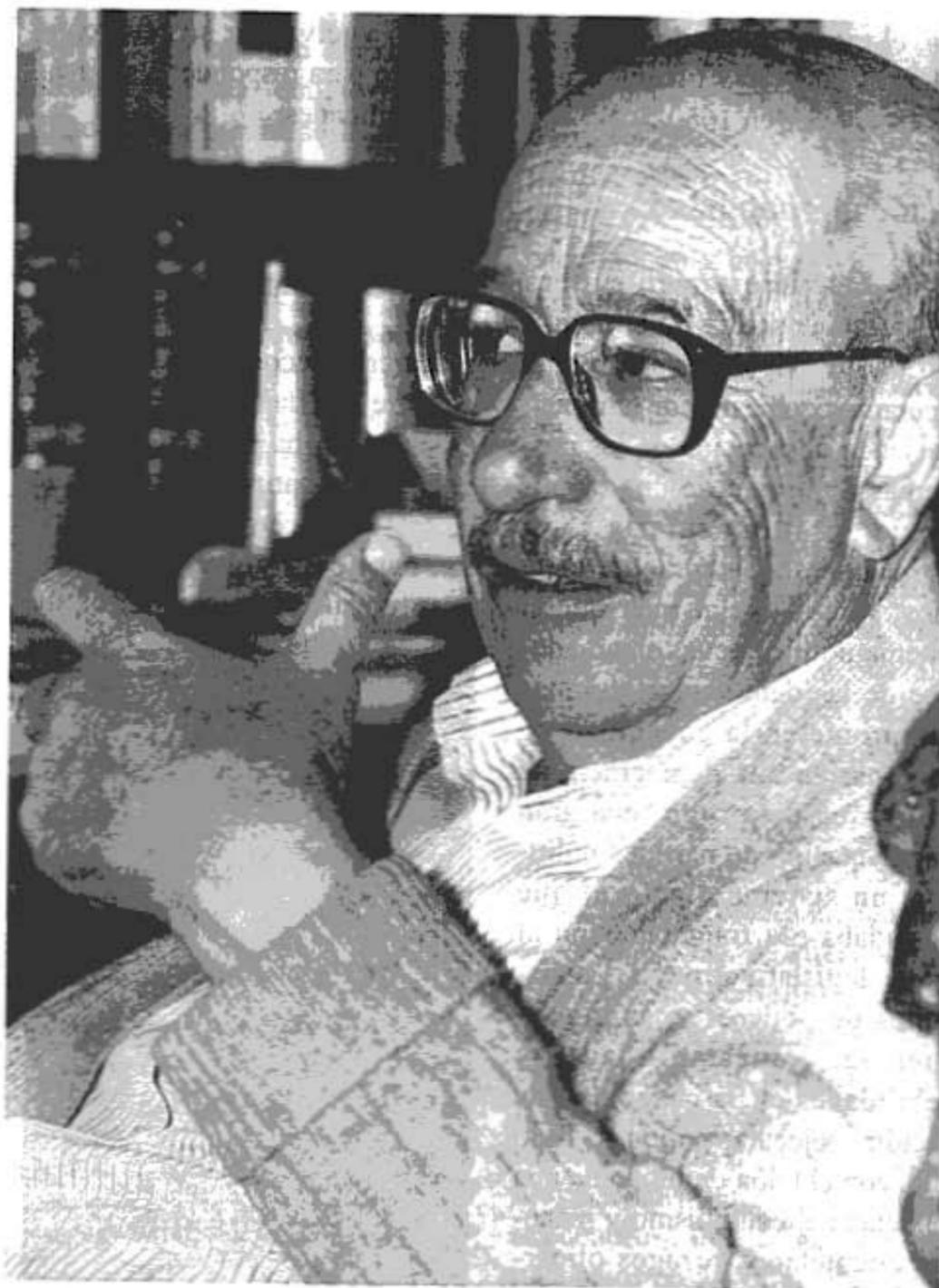


Foto Diario Hoy

sado y son de nuestra responsabilidad; algunas son externas y han llegado sin que podamos evitarlo; otras, por fin, han nacido de nuestra propia naturaleza y son el precio que tenemos que pagar por vivir en este alucinante "drama de la geografía", que es el Ecuador.

Las catástrofes naturales

Comencemos por estas últimas, las catástrofes naturales. En los dos últimos años el Ecuador ha tenido que soportar los estragos del más destructor fenómeno de El Niño que se recuerda. Medio país quedó con la infraestructura de transportes destrozada y gran parte de su producción per-

dida, murieron cientos de personas y centenares de miles fueron damnificadas. Los daños del Niño se han evaluado en 2.800 millones de dólares. La tarea de reconstrucción puede demorarse por varios años y exige un gasto que luce enorme frente a las posibilidades del Fisco ecuatoriano. Las pérdidas de producción afectan las exportaciones ecuatorianas en el momento en que más se las necesita.

Por añadidura, cuando El Niño culminaba, un terremoto sacudió un área del país que había sido especialmente golpeada por dicho fenómeno climático. Y ahora mismo, la ciudad de Quito está en alerta amarilla en vela de una erupción del Volcán Pichin-

cha, el monte titular de la capital ecuatoriana, cuya última erupción grave fue en 1660.

La ingobernabilidad

Ha sido ciertamente obra nuestra la crisis de gobernabilidad que ha vivido el país y que esperamos que esté por terminar. Haciendo abstracción de los problemas de origen de una democracia rudimentaria y limitándonos a los últimos veinte años, sería dable afirmar que el sistema político ecuatoriano adolece de las debilidades que más comprometen la capacidad de gobernar en una democracia de un país en desarrollo: una gran fragmentación de partidos políticos, un sistema electoral que trasladaba esa fragmentación al poder legislativo, pugnas constantes de poderes y, en consecuencia, inestabilidad y debilidades en la capacidad de decidir y ejecutar políticas. Todo ello, con el telón de fondo de una tendencia al caudillismo y manejos clientelares, rezagos oligárquicos cruzándose con un populismo que se ha vuelto endémico. Y corroyéndolo todo, una corrupción rampante.

A raíz de la caída de Bucaram, una sociedad civil harta de la degradación del poder empujó el cambio y éste parece haber comenzado: la nueva Constitución encaró la reforma del sistema político, teniendo en mente, entre otros objetivos, la gobernabilidad, entendida no como un orden sino como una capacidad para actuar legítimamente y con eficiencia. Hay mucho más que hacer y el nuevo Gobierno está consciente del vasto frente de problemas que debe atacar. Confiamos en que lo haga y que el Estado ecuatoriano, que una vez fue honrado y relativamente efi-

ciente, vuelva por sus fueros y sea apto para responder a sus responsabilidades.

Los desequilibrios económicos y el estancamiento

La crisis económica suele ser el lastre que dejan todas las otras crisis. Y así ha sido en el Ecuador, aparte naturalmente de que el país ha hecho todos los méritos para configurar autónomamente su propio juego de

La crisis económica suele ser el lastre que dejan todas las otras crisis. Y así ha sido en el Ecuador, aparte de que el país ha hecho todos los méritos para configurar autónomamente su propio juego de desequilibrios

desequilibrios. El Ecuador lleva casi estancado los años transcurridos del decenio de los 90. Su inflación se ha mantenido entre 25% y 50% anual durante todo ese período y hoy es la más alta de América Latina. El desempleo y el subempleo son elevados y tienen una tendencia creciente. Sin embargo, según todos los indicadores, es un país con un alto potencial de crecimiento y no debiera ser muy difícil mantener regularmente un aumento de su producción del 6 al 8% anuales. En los últimos tiempos, en promedio, apenas ha excedido el incremento de su población, es

decir, alrededor de 2.5% al año.

Estas son las tendencias básicas, lo grave es que desde 1995 casi todos los indicadores muestran un progresivo deterioro, que llega a su clímax en este año de 1998, en el cual también la economía sufre de una crisis múltiple. Muy brevemente, por el orden de antigüedad de sus orígenes, las siguientes son las varias dimensiones de esta crisis:

1.- La penosa transición hacia un nuevo modelo de Estado y política económica

Al culminar la década de los 70, deslumbrados por una riqueza petrolera recién descubierta, el Estado ecuatoriano era un típico Estado desarrollista, de influencia cepalina, con exageraciones propias y un sesgo paternalista. La quiebra del modelo con la crisis de la deuda, lo dejó sin un patrón al cual acogerse. Por fortuna, no cayó en la ortodoxia neoliberal, porque ella habría podido acusar la deformación inequitativa que nuestra economía de por sí tiene hasta extremos socialmente intolerables. Pero se quedó vagando en el limbo. No acometió las reformas ni la construcción institucional que requiere una economía de mercado en un ambiente de apertura internacional. Y así hemos vivido desde mediados de los 80. Se desmanteló el Estado desarrollista sin sustituirlo. No hemos tenido una política económica, sólo políticas de ajuste. El Estado, aparte de las instituciones responsables de la política macroeconómica, carece de orientaciones y de órganos de regulación. Es un Estado inerte y buena parte de los problemas de gobernabilidad que hemos sufrido se derivan de esta característica.

Cuando los problemas crecieron, inclusive por circunstancias externas, el sistema fue incapaz de dar ninguna respuesta válida y la incertidumbre se apoderó de la economía. Ese fue el momento que precedió a la llegada del nuevo Gobierno. Por los pasos ya dados, confío en que éste sepa hacia dónde quiere ir y que emprenda no solo un esfuerzo para restablecer el equilibrio sino la tarea de construir la nueva institucionalidad y orientar el desarrollo. Esta transición hacia un nuevo Estado que no se concreta, no puede prolongarse por más tiempo.

2.- Los desequilibrios macroeconómicos

Desde 1982, el Ecuador ha emprendido en cuatro políticas de estabilización y ajuste. No ha podido culminar ninguna con una reducción suficiente y duradera de la inflación. El desequilibrio de balanza de pagos pudo superarse gracias a una expansión extraordinaria de las exportaciones, que no respondió a otras políticas que la exposición al mercado mundial. Ahora ese problema ha vuelto, pero responde a otras causas que se explicarán cuando se trate de la última crisis económica. Lo que importa aquí es que el desequilibrio interno, la inflación, sigue con nosotros y acelerándose. La razón fundamental es que el Ecuador tiene un problema estructural no resuelto, que es la debilidad fiscal.

El desequilibrio fiscal no es únicamente culpable directo de la inflación; es también el responsable del abandono en que se encuentra la inversión pública, por ejemplo las carreteras, y de la declinación de gastos sociales tan importantes como educación y salud.

Para quien esto escribe, el problema fiscal ecuatoriano es fundamentalmente de insuficiencia de ingresos, y más precisamente, de ingresos tributarios. Una reforma tributaria sería podría resolverlo en parte, y decimos en parte porque la solución final va a depender de la medida en el ciudadano comprenda que su calidad de tal implica una contraprestación tributaria. En América Latina falta la concepción del pacto fiscal, el acuerdo tácito entre sociedad y Estado en que

En América Latina falta la concepción del pacto fiscal, el acuerdo tácito entre sociedad y Estado, en que éste entrega protección y ciertos servicios a cambio de una contribución que permita su funcionamiento

éste entrega protección y ciertos servicios a cambio de una contribución que permita su funcionamiento. Es un problema ético y cívico que debe superarse con leyes adecuadas y educación.

3.- El abismo de la globalización

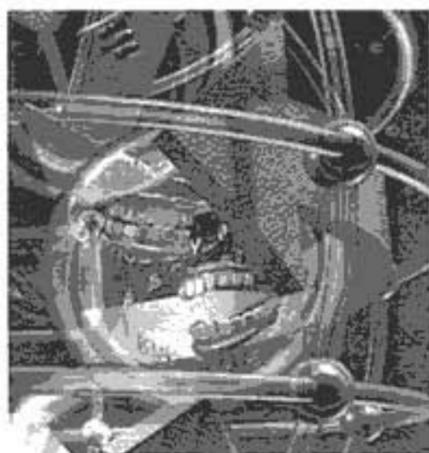
Esta es la otra cara de la globalización. Puede ser poderosamente estimulante y puede ser la puerta para una caída libre, especialmente cuando se trata de países pequeños y débiles. En el caso presente, su influjo se advierte en dos instancias: una pri-

mera, que es la obra de la vieja globalización, porque este fenómeno comenzó hace mucho y conocemos sus efectos. Se trata de la caída de exportaciones que ha sufrido este país en 1998 y el déficit consiguiente de la balanza de pagos. La segunda instancia, producto de las tendencias recientes de la globalización, es la crisis financiera que amenaza al sistema bancario y por ende al Banco Central y al Gobierno ecuatoriano.

La caída de exportaciones es un fenómeno de 1998. Las exportaciones de bienes habían sido el sector exitoso de la economía. En el decenio de los 90 aumentaron y se diversificaron considerablemente. Pero al parecer eso no les libró de la inestabilidad clásica del mercado de productos primarios. El precio del petróleo descendió a uno de sus niveles más bajos en los últimos 25 años y la crisis asiática recortó, por igual, las cifras de ventas de exportaciones tradicionales y no tradicionales. El resultado es un déficit en la balanza en cuenta corriente que puede ser del 6% al 7% del PIB, y pérdida de reservas internacionales.

La debilidad del sistema financiero se acusó en 1995 como secuela del conflicto con el Perú y se ha agravado agudamente en los últimos meses a causa de las crisis de Asia y Rusia. El corte de las líneas de crédito extranjeras a los bancos ecuatorianos ha afectado especialmente a los deudores de los sectores productivos, muchos de los cuales han enfrentado también los daños provocados por el fenómeno de El Niño. Por añadidura, con una inflación





que se acelera y pérdida de reservas internacionales, no hubo otro arbitrio que elevar las tasas de interés, lo que ha agravado la suerte de los deudores y ha

hecho más precaria la situación de los bancos.

El sistema financiero entero se halla en una situación muy delicada. El Gobierno estudia la manera de apuntalarlo y están en marcha iniciativas para reforzar las regulaciones y la supervisión bancaria que, evidentemente, han sufrido con la laxitud de las leyes actuales, producto de una liberalización inconsulta.

Esta es la crisis múltiple que nos acosa. Esperemos que sirva como el reto, el desafío en el sentido de Toynbee, y que nos incite a darle la respuesta justa. En el fondo, presiento que sí lo haremos y que este Gobierno joven y la sociedad toda conseguirán vencer los obstáculos en el camino de la esperanza.

Examinemos ahora la confrontación con nuestro pasado, el conflicto más dramático y angustioso en esta hora de elegir rumbos. No se trata de una renuncia a lo vivido, a la historia, sino del convencimiento de que hay que separarse del pasado, sin desconocerlo, y buscar nuevos objetivos, instituciones renovadas o distintas y hasta formas diferentes, porque las del pasado no pudieron cumplir sus fines o, cuando lo hicieron, dejaron de ser funcionales a la realidad actual. Lo extraordinario es que esta visión crítica del pasado se ha planteado en el Ecuador de hoy de una manera casi integral, en todo un frente de problemas, y lo es también porque superando

épocas recientes, la reflexión actual no se limita al análisis crítico o a la denuncia, sino que inspira reivindicaciones militantes de sectores importantes de la sociedad. En los casos más definidos ha originado movimientos sociales, cada vez más organizados, que ya pesan en el debate público. En otros, son convicciones crecientemente difundidas que se manifiestan con vigor en momentos que la sociedad percibe como cruciales. Si bien la realidad tan diversa del Ecuador pone una impronta regional en esta efervescencia, comienza a emer-

No se trata de una renuncia a lo vivido y a la historia; se trata del convencimiento de que hay que separarse del pasado para buscar nuevos objetivos, instituciones renovadas o distintas que cumplan con sus fines y sean funcionales a la realidad actual

ger un patrón que desdibuja las divisiones ideológicas y marca más bien distinciones generacionales, étnicas y de género. Sé bien que es un patrón de características universales, pero el sólo hecho de que él surja también en el Ecuador refleja una sintonía con los tiempos que no deja de sorprender al tratarse de esta sociedad todavía encandilada por el pasado.

Estas son, para quien esto escribe, las manifestaciones de esta

confrontación con el pasado más cargadas de consecuencias para el porvenir. Son las semillas del cambio.

1) El Ecuador oficial uniforme y homogéneo frente a la síntesis de diversidad geográfica y étnica que es el Ecuador real.

Leopoldo Benítez Vinuesa decía que "El Ecuador es un drama de la geografía", y habría podido añadir que es también un drama de la diversidad de pueblos y de culturas. Por siglos hemos querido ignorar que nuestra tierra era un amasijo de pueblos de muy distintas raíces étnicas y tradiciones. Las clases dominantes lo veían como un país de blancos, con ascendencia española y cultura occidental. Su dominio implicó discriminación y abandono para los excluidos. Paralelamente, la estructuración del Estado unitario, olvidó que éste era un territorio segmentado por la montaña y las selvas en comunidades enclaustradas y, por siglos, el poder central o bicentral ha gobernado como si el desarrollo pudiese irradiar espontáneamente de una acción dirigida esencialmente a las necesidades de su entorno. Nada de eso es ya posible en el Ecuador de hoy; un vigoroso movimiento indígena y negro reivindica su existencia y por su capacidad de lucha - evidente desde el levantamiento de 1990 - es de consulta obligada en el debate público y comienza a participar en los órganos de gobierno. Igualmente, las regiones han puesto en cuestión el Estado unitario rígido del pasado y un proceso de descentralización se ha iniciado con un ímpetu que antes

nunca conocimos.

El Ecuador es el país de los regionalismos enconados. Su historia política ha sido, en la expresión de Benítez Vinueza, el resultado "de una guerra de la geografía que era, en sí misma, una guerra de la economía contrapuesta". Sin embargo, nada pudo romper con el centralismo: la facción regional triunfante usaba el poder en su beneficio y la estructura permanecía. Eso parece haberse terminado: el Estado que salga de esa confrontación será de hecho un Estado descentralizado.

Y lo extraordinario, lo afortunado, es que ni la explotación y discriminación étnica, ni el abandono de las regiones han quebrantado seriamente ni comprometido un sentido de unidad nacional. Con suerte, podemos llegar a ser una sociedad multiétnica que viva en paz y un Estado descentralizado que funcione con el mismo cuerpo del Ecuador de hoy.

2) *La democracia formal del pasado frente a una democracia en construcción que quiere ser real en el fondo y en la forma.*

Aún si se hace abstracción de los frecuentes periodos de dictadura, en la misma medida en que el sistema político ha sido discriminatorio y excluyente, el Estado ecuatoriano ha sido democrático solamente en la forma. No es en rigor un Estado de Derecho en el que la Ley se acate universalmente y en el que todos sean iguales ante ella. Benítez Vinueza, con razón, calificaba a los orígenes de nuestra democracia como "La paradoja de una estructura política democrática y liberal

sobre un fundamento feudal-colonia". Con el paso del tiempo se hizo gradualmente evidente que un sistema semejante, además de injusto, era ineficiente para conducir al Ecuador. La Constitución de 1979, aceleró el cambio extendiendo el derecho del voto a los analfabetos y adoptando para el Estado ecuatoriano las características del Estado desarrollista y providencial. No obstante eso, el sistema político y económico que esa Constitución creó, todavía bajo el influjo de la pseudo abundancia

Podemos llegar a ser una sociedad multiétnica que viva en paz y en un Estado descentralizado que funcione con el mismo cuerpo del Ecuador de hoy

del auge petrolero de los 70, con sus definiciones sobre el sistema electoral y las atribuciones de los poderes del Estado, multiplicó los obstáculos a la gobernabilidad y era proclive a la corrupción. El largo lapso de políticas de ajuste que el Ecuador ha vivido es una prueba de las dificultades de la gobernabilidad, que se exacerbaban en los últimos tiempos hasta llegar a una auténtica anomia.

La reacción de los sectores más vigorosos del cuerpo social, entre ellos los movimientos sociales emergentes, ha forzado un cambio que se plasmó en una nueva Constitución aprobada en 1998, que sienta las bases para una democracia

más participativa y un sistema político más capaz de gobernar.

Con todas sus limitaciones, la sociedad de hoy es mucho más ciudadana que la del pasado; está más alerta a los vicios y las virtudes del sistema político y es más exigente en cuanto a la limpieza y eficiencia de los actos de gobierno. Si ese espíritu no se desvanece, la democracia ecuatoriana tendrá en sus entrañas un constante acicate de mejora y perfeccionamiento. Esa es una gran diferencia con el tono de la vida política del pasado.

3) *El vasto país de la leyenda frente a una realidad territorial disminuida.*

Prácticamente, desde la separación de la Gran Colombia, generaciones de ecuatorianos se han nutrido con la imagen del Ecuador como un país mucho mayor en territorio que la jurisdicción efectiva que él realmente tenía. En los hechos, por su debilidad relativa, fue gradualmente perdiendo en beneficio de sus vecinos una gran porción de la superficie que se asignaba a la Real Audiencia de Quito en su época de mayor alcance territorial, cuando era parte del Virreinato de Lima. Al final, la disputa territorial se concentró con el Perú y culminó con la firma obligada del Protocolo de Río de Janeiro en 1942, luego de un penoso conflicto militar. Especialmente desde entonces, los ecuatorianos hemos vivido obsesionados por la reivindicación territorial. En este país diverso, éste era probablemente el común denominador más vigoroso de nuestra identidad nacional, con el correlato del resentimiento y la animosidad para el país que

nos despojó de nuestros territorios, aún cuando se haya estado consciente que el pueblo peruano es aquel que más cercano está, por múltiples razones, a nuestra propia idiosincrasia. Desde los años 80 los dos países han pasado por dos episodios más de conflicto armado, el último en 1995. Además del dolor de las pérdidas humanas, esos enfrentamientos han supuesto costos enormes para los dos países, particularmente onerosos para el Ecuador que no ha conseguido reponerse todavía del efecto de la guerra de 1995. Si bien durante estos años se llevaron a cabo negociaciones para encontrar una solución al conflicto, la tensión se mantenía y el riesgo de otro enfrentamiento armado era inminente. El actual Presidente ecuatoriano, a días de su posesión en el cargo, rompió el punto muerto en que se hallaban las negociaciones y no cesó hasta concluir las y firmar la paz en Brasilia el 26 de octubre último.

Lo notable de este acontecimiento es el cambio súbito de ánimo y de actitud de una buena parte de la población ecuatoriana, bien representada por su Presidente. El cambio implica realismo y una apreciación sobria de los beneficios posibles de la paz.

Adviértase que el Ecuador no fue a esta negociación como un país derrotado, pero el resultado de la misma estaba prácticamente predeterminado por el Protocolo de 1942. La solución confirma en esencia las bases territoriales del mencionado Protocolo. Sin embargo, una mayoría de ecuatorianos parece haber aceptado ese hecho, particularmente las generaciones más jó-

venes, que anhelan que el país funcione con los objetivos de humanidad posibles en la paz, que consideran éticamente superiores a la reivindicación territorial.

Este es, sin duda, un cambio radical frente al pasado y puede ser un elemento de renova-

La globalización es un impulso que sobrepasa el territorio, lo anula, y, en ese sentido, desvanece y confunde las identidades locales y nacionales

ción con consecuencias positivas difíciles de imaginar.

4) *El Ecuador remoto y aislado del pasado frente a la fuerza explosiva de la globalización.*

Es menester tener en cuenta que hasta la apertura de canal de Panamá, el Ecuador estaba muy lejos de los centros de irradiación de la civilización occidental. Era un país remoto, casi un Tibet, aislado en sus montañas y sus selvas. Aún internamente, las comunicaciones y el comercio exigían esfuerzos agotadores. El cambio, la incorporación al mundo, se gestó lentamente y hasta los años 40 el Ecuador se mantuvo como un espacio desintegrado, con muy escasas vinculaciones entre sus distintas regiones. No es extraño que la actitud y la mentalidad de su gente estuviese atada a un localismo tradicional, ajeno a las corrientes

del pensamiento y de la vida modernas.

El choque con un mundo dinámico, cargado de oportunidades y de riesgos, arrollador en su empuje cósmico, se ha producido prácticamente en una generación, y los efectos pueden ser destructores en ciertas áreas, pero fuertemente estimulantes en otras. La llamada globalización es un impulso que sobrepasa el territorio, lo anula, y, en ese sentido, desvanece y confunde las identidades locales y nacionales. Pero es, a la vez, una incitación poderosa a aprovechar las potencialidades que yacen en cada individuo y en cada sociedad. Aparte de ciertos efectos económicos y culturales, que tienen peligros claros que ya comentaremos, es esta secuela de la globalización la más claramente perceptible en la sociedad ecuatoriana. Esta es hoy una comunidad más alerta a aprovechar oportunidades y a emprender en nuevas rutas. Esto es evidente en los negocios, por ejemplo, la exportación. El estancamiento del país, su fragilidad económica ha coartado este brote de iniciativas, pero ellas siguen manifestándose aún en la informalidad de la microempresa. Y no son sólo los negocios, el impulso va más allá: la fuerza con que han emergido los movimientos sociales, la proliferación de ONGs, son también manifestaciones de este nuevo espíritu, que es también un suscitador de la conciencia del propio derecho.

En suma, en la sociedad ecuatoriana hay un fermento de afirmación y de acción que es en parte atribuible a esta inmersión en el mundo. El puede muy bien deshacer identidades, especialmente si ellas son frá-

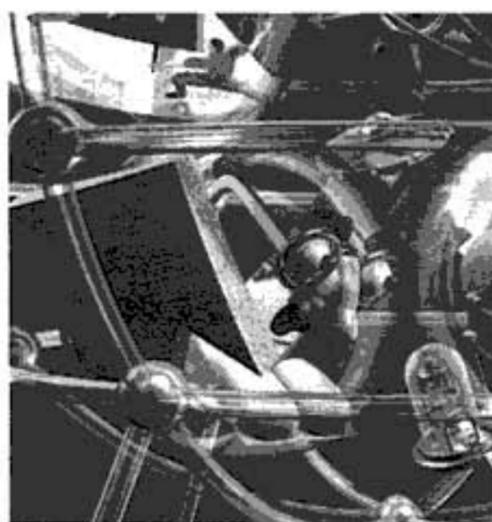
giles. Por ahora, en el caso del Ecuador, el efecto dominante parecería ser más bien favorable a la construcción de un país más alerta y vigoroso, con una más clara conciencia de su identidad. Las consecuencias económicas pueden ser buenas o malas. En nosotros está el aprovechar esta ocasión de despliegue de nuestras potencialidades.

5) El Ecuador depredador del bosque y de los manglares frente a la irrupción de una conciencia creciente de la preservación de los recursos:

Hasta ahora nuestra sociedad ha sido un agente destructor implacable de su hábitat natural. Despertó tarde a la codicia de la explotación de los recursos, pero cuando lo hizo no reconoció ninguna limitación. En una generación ha devorado una extensión enorme de sus bosques nativos. Si la deforestación siguiera a ese ritmo, en 10 años habríamos acabado con esa protección natural y, por ende, con la biodiversidad que es un patrimonio inapreciable para el futuro. Algo semejante sucede con la riqueza marina, los manglares, los cursos de agua, las tierras de cultivo. El milagro de los Andes verdes del Ecuador podría muy pronto convertirse en yermo, bueno

tan sólo para engrosar deslaves y aluviones.

No obstante, quizás con más fuerza que en otros países de América Latina, se ha levantado como una marea una conciencia de preservación que se ha difundido rápidamente por la sociedad, especialmente los



jóvenes. Es posible que en el despertar de esa conciencia haya influido el que las Islas Galápagos sean nuestras y que el Gobierno y la sociedad civil hayan ejercido sobre ellas una política responsable de preservación, pese a todas las vacilaciones y debilidades. Quizás sea la belleza y la variedad de la naturaleza del Ecuador la que nos ha hecho más sensibles a reaccionar frente al peligro en cuanto lo hemos sentido cerca. Lo cierto es que, más allá del propio Gobierno, la sociedad civil se ha organizado en una variedad de agrupaciones que luchan incansablemente

por salvar lo que queda de nuestro patrimonio natural. Algunas de ellas están bien financiadas, tienen capacidad científica, credibilidad e influyen poderosamente sobre la opinión pública; además, existe una alianza tácita entre los ecologistas y el movimiento indígena lo que magnifica su capacidad de protesta y agitación.

En síntesis, creo que en el futuro será cada vez más difícil que la explotación de los recursos naturales y la contaminación continúen imperturbados. El Ecuador ha atraído la atención de las organizaciones ecológicas internacionales (v.g. Green Peace) y en su sociedad civil crece la influencia de sectores conservacionistas que tienen una alta capacidad de lucha. Es posible que tarde en verse los frutos, pero su presencia es un hecho con el que habrá que contar en el futuro.

Estas cinco expresiones del nuevo espíritu son los hitos de la esperanza. Marcan la ruta que nos llevaría a una patria distinta, más animosa, libre y justa.

En esta hora positiva, creo firmemente que seremos capaces de seguir con lucidez la ruta marcada por esos hitos de la esperanza en que hemos empezado a encontrar nuestra real identidad.